

MISA CRISMAL 2016  
Homilía  
Basílica de San José de Flores

Cada año de nuestro ministerio, en esta ocasión, volvemos a sentarnos en la humilde y estrecha sinagoga de Nazaret, para escuchar al Maestro que se presenta por primera vez ante sus paisanos y revela quién es Él y a qué misión ha sido enviado. Este encuentro del cuerpo presbiteral, en torno al crisma que nos consagró a su servicio, nos permite renovar el sentido de nuestras vidas y la alegría de ser sacerdotes.

En la liturgia de la Palabra se han proclamado los textos habituales de esta Misa Crismal. Pero ha cambiado el espacio sagrado. Por motivos que algunos conocen y otros imaginarán, fuimos generosamente recibidos en el imponente y bello templo de la bicentenaria Basílica de San José de Flores donde acaban de celebrar sus fiestas patronales. Todavía se respira el clima piadoso y religioso de sus devotos, quienes le ofrecieron una participada novena y una multitudinaria procesión que culminó con la solemne Misa concelebrada. Lo refiero porque fue José de Nazaret, quien haciendo las veces de padre, desde muy pequeño llevó al Niño Jesús a la sinagoga de su pueblo, como también al Templo de Jerusalén, cuando peregrinaba para las grandes fiestas. Fue este varón «justo y fiel», quien le enseñó su oficio artesanal, lo introdujo en la cultura religiosa de su pueblo y lo inició en las costumbres piadosas de todo judío observante. Junto a María, José contempló cómo su hijo «iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52).

Ahora es el «hijo de José», quien, «el sábado, como de costumbre, entró en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura» (Lc 4,16b). El texto de Isaías, en labios de Jesús, adquiere un sentido profético y liberador. Él se apropia de las palabras y las dice de sí mismo, y así capta la atención de sus oyentes. Sobre todo cuando hace explícita la identificación entre lo que se ha proclamado y su persona. Revela, además, que los pobres —una palabra que en Lucas incluye a los carenciados, despreciados, enfermos, hambrientos, sufrientes y perseguidos—, serán los destinatarios de la Buena Noticia, que es Él mismo y su

Evangelio. Para eso ha sido ungido por el Espíritu y su misión es derramar el «óleo de la alegría» (Hb 1,9) para liberar cautivos y oprimidos, iluminar los ojos de los ciegos e inaugurar un año de gracia. La unción revela que la obediencia de Cristo al Padre lo va conduciendo por el camino de la misericordia. El Ungido del Señor se muestra solidario con Dios y con los hombres, pero insolidario con el pecado. No por eso se alejó de los pecadores, asumiendo generosamente su terrible condición y tomando sobre sí sus culpas; no rehusó el suplicio de los hombres más miserables y despreciados, de tal manera que ningún hombre, sea cual fuere su situación dolorosa, se pueda encontrar sin tener a Cristo a su lado, «porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

El «hoy» con que Jesús cierra el relato, expresa que se ha cumplido lo que las Escrituras –profetas y salmos– decían de Él. El «hoy», dicho con mansedumbre y autoridad, se proyecta en el tiempo de la Iglesia y llega hasta nosotros con «la gracia y la paz de parte de aquel que es, que era y que vendrá» (Ap 1,1). Desde el comienzo de su predicación se reveló como enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, pero sin excluir a nadie. Él nos enseñó con la sencillez de sus parábolas que «prójimo» es toda persona que encontramos en el camino de la vida.

«Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en Él» (Lc 4, 20b). Lo que acababan de escuchar resumía todas las expectativas de Israel sobre el Mesías esperado por siglos. Y fue la abundancia de misericordia en Cristo lo que debió haberlos impactado, pues «estaban llenos de admiración por las palabras de gracia que salían de su boca» (22b). Al proclamar «un año de gracia», el Señor inaugura los Jubileos abiertos a los paganos, para quienes su misericordia extiende los límites de su perdón a los pecados y la cancelación de las deudas; es el tiempo en que «Cristo rompe los pagarés que tontamente le firmamos al Diablo», como decía el Beato Cura Brochero.

El Jubileo de gracia y perdón que estamos transitando, pertenece a este nuevo tiempo inaugurado por Cristo, cuyo rostro reveló la misericordia de Dios Padre. Guiados por el magisterio del Papa Francisco, todos nosotros hemos predicado y enseñado que la **misericordia** «se muestra como la fuerza que todo vence; llena de amor el corazón y consuela con el perdón; es fuente de alegría, de serenidad y de paz; es

condición para nuestra salvación; es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad; es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro; es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida; es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado. La **misericordia** siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona» (Palabras tomadas de la Bula *Misericordiae Vultus*).

Queridos hermanos sacerdotes, como sabemos que Dios tiene poder para transformarnos interiormente, confiados, hoy renovamos nuestras promesas. Él reconoce en nosotros su crisma, que una vez derramó sobre nuestra frente, manos y cabezas. Somos de Él, desde el momento en que fuimos sepultados en su Pasión y Muerte, y como un signo de la futura Resurrección, reconocemos como de su mano la gracia de haber sido elegidos para el servicio del altar. La unción del crisma que recibimos en nuestra ordenación fluye generosamente cuando nos consideramos poca cosa ante los pobres y afligidos; cuando nos reconocemos mendigos de misericordia, la que encontramos abundantemente en el rezo de los salmos, acaso para que no olvidemos que fuimos enviados como dispensadores del don que se nos da a manos llenas. La salmodia nos enseña que solo se permanece delante de Dios si se es pequeño y mendicante. La gente que se acerca a nuestras comunidades tienen derecho a encontrarse con quienes han visto el rostro misericordioso del Señor, con quienes han estado con Dios, y habiéndolo frecuentado, reparten generosamente los bálsamos de su misericordia. Si nuestra mirada no refleja haber visto a Jesús, entonces las palabras y gestos que recordamos de Él, resultan figuras retóricas y huecas.

Ya que también nosotros fuimos tocados por su misericordia, que nuestras «miradas» se dirijan siempre y solamente a Cristo; que nuestros ojos no se aparten de su Evangelio, y así, trabajando por la causa de su Reino, volvamos a escuchar de su boca la esperanzadora noticia de su eterna presencia en su Iglesia: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír» (Lc 4,21). Presencia que se prolonga

en la lectura orante de la Palabra, en la cual abrevaron los beatos y santos que veneramos, y que sigue siendo la fuente de inagotable inspiración pastoral, siempre sorprendente, sencillamente, porque «sus palabras no pasarán» (cfr. Lc 21,33).

En este Jueves Sacerdotal, expreso un sentimiento que me viene de los acontecimientos que viviremos en nuestra Patria. El Año de la Misericordia, el Congreso Eucarístico Nacional, el Bicentenario de la Independencia, la beatificación de Mamá Antula y la canonización del Cura Brochero. Todo esto es como un manantial de gracias que Dios ha dispuesto para nuestro tiempo. Pero debo decir que nos encuentra en un contexto de división y antagonismo, vividos con la pasión propia de los argentinos, con los conocidos extremos de violencia y enfrentamientos, a los que nuestras comunidades no están ajenas. Nuestro ministerio tiene que estar al servicio de la unidad de nuestro pueblo. Por eso les pido que no dejemos de hacer el bien pastoral de contagiar «la paz y la unidad» que el Señor nos da en cada Eucaristía. La Iglesia está llamada a reunir a todos y no solo a una parte (cfr. *Lumen Gentium* 1). Una Iglesia reconciliada y unida se ordena mejor a la misión.

Finalmente volvamos a José, el hombre justo... Pienso que hay alguna providencia en que nuestro encuentro sacerdotal se haya realizado ocasionalmente aquí en su casa, acaso porque el silencioso y laborioso José, y su servicio incondicional al Hijo de Dios, siguen siendo ejemplo a la hora de renovar las virtudes esenciales que deseamos para nuestro ministerio pastoral. Es en este Santuario, donde muchas personas encuentran en San José –padre amoroso que supo hacer cosas grandes en un segundo plano, y no sin discreta fidelidad a lo de cada día–, la imagen de su propio destino. Dejémonos tocar por la piedad sencilla de nuestro pueblo que viene a pedir y agradecer, y no nos vayamos del templo sin antes tomar gracia de quien en el Cielo está tan cerca del Sumo y Eterno Sacerdote.

\*\*\*